

# FANTASIA BORRACHA

## En vísperas del 725 aniversario de la Fundación de Vila-real

por ESTEBAN CARDA RIUS

Antes de ser conocida la llanura de la Plana que se extiende desde el Sitjar hasta el Mar Nuestro, flotaba en el aire la idea de que, bajo el azul infinito del firmamento, amanecería en un nuevo día el asentamiento de Vila-real, precisamente allí, en el punto concreto señalado desde el principio de los tiempos.

Cuando la Roma imperial fue dueña del mundo, aquella Plana primeriza había iniciado ya su intensa vida, cruzada por las frescas aguas sin impurezas de un río que buscaba destinos y grupos humanos para beneficiarles con la riqueza que se le escapaba entre las manos, por entre las bárbaras cuevas ribereñas. ¿Dónde estaba aún Vila-real, que no había llegado a su cita, a su punto nativo?

Hasta llegar a los tiempos medievales fueron quedando atrás los momentos del "pont de la bruixa", la "sèquia del diable", "els arquets", la iniciación del hombre de la tierra, que se arrancó las uñas buscando y descubriendo itinerarios para la riqueza del agua. Lejos, pero que muy lejos, envueltos en la densa nebulosa que envolvía tiempos y generaciones, todos manducaban gusanos escondidos bajo las raíces verdolagueras de la huerta, los ribazos, que aún no habían llegado hasta allí, separando fincas, campos, propiedades, caminos y sendas que tardarían un milenio en aparecer.

Ni soñar siquiera en huertos, en calles y plazas, pueblos cristianos y moros, conquistas y reconquistas, luchas; cada cual hacía la guerra por su cuenta y riesgo, a mordiscos, lanzadas, cuchilladas, o sencillamente a pedradas. Pero Vila-real ya se adivinaba en la Plana de Burriana.

Muchos moros descubrieron en aquellas tierras el paraíso prometido por su profeta y allí se aposentaron: eran labradores y pescadores, pastores, enamorados de la luz, de la luna moruna, del firmamento azul, del agua transparente y segura del río que seguía corriendo cantarín hacia el mar cercano que le esperaba. La corriente fluvial era conocida como Idubeda; después, cuando se cansaron de ese nombre, le pusieron Alventosa; y por fin fue Mijares, *Millars*, quizás porque la planta del mijo, gramínea herbácea de hojas anchas y alargadas, flor

de panoja, espiga de "blat de moro", recuerdo de la harina y del pan de panizo, abundaba en su fértil vega. El clima, la tierra y el agua se hermanaron, formando unas condiciones de vida, las mejores decían sólo superadas en aquella época por las de Valencia.

Descubrieron los moros el paraíso de Alá, en donde se podían cultivar las cosechas de la huerta. Construyeron nuevas acequias y regueros, alquerías, masadas, pueblos, como habían hecho los lejanos primeros ocupantes, ya perdidos en el trabajo y los afanes olvidados. Y nuevas palabras enriquecieron las relaciones. Pero tanto fruto y bienestar fueron la pérdida de los moros, y el edén de Alá con sus huríes acabó perdiéndose para siempre, pues allá, al "cap de la Pera" mallorquín habían empezado a hablar de Valencia, de su belleza y de sus riquezas.

Las huestes del señor de Montpellier, conde de Urgel y de Barcelona, rey de Mallorca y de Aragón (todavía no de Valencia, pero no tardaría en serlo), las tropas del rey Jaime, emprendieron la conquista de Burriana que al alcance tenían, puerta de la rica y deseada sede valenciana. Desde las altas y frías tierras de Ares y Morella descendieron hasta alcanzar la Plana, donde se

cultivan las hortalizas, los frutos, las flores, y donde por sí sólo se cría el margallón de blanco tallo, de tronco subterráneo y comestible.

La Plana, un paraje de extensa llanura litoral, limitado por una ramificación de la sierra de Espadán que, subiendo desde las playas de Almenara, describe un arco por Villavieja, por Onda y Borriol, hacia el desierto de Las Palmas, hasta terminar en otras playas, entre Benicasim y Oropesa. Los poblados, de escásima importancia, del antiguo Castelló, Fadrell, Almazora, Onda, Nules, Almenara, circundaban las tierras de Burriana. A ninguno hizo caso el rey Jaime, para nada le merecieron ser tenidos en cuenta, no vio en ellos peligro ni obstáculo que le impidieran cercar la villa y sostener el cerco. Burriana era la plaza fuerte de la comarca, circundada por altas y gruesas murallas, fuerte en los fosos y barbicanas. La actitud de sus habitantes fue la de no entregarse, repeler tenazmente al enemigo, atacándole. Prefirieron verse reducidos a la impotencia, vencidos, antes que rendir pleitesía de homenaje al rey cristiano.

El cerco se inicia en mayo de 1233. Después de dos meses de asedio, las puertas se abrieron al sitiador.



Para animar a sus mesnadas el Conquistador les decía que Burriana *“no era más grande que un corral”*, pero en el momento del éxodo sarraceno salieron de ella más de siete mil habitantes. En la celebración de Todos los Santos, el primero de noviembre de 1233, el rey expidió nueva carta puebla a los burrianenses. La importancia de la conquista era consecuencia lógica, natural, de la exuberancia de sus campos y de su situación estratégica. Valencia, la perla del Turia y de la morería, era conquistada cinco años más tarde.

Concluido el dominio del nuevo reino valenciano, don Jaime acuerda con el rey Fernando de Castilla, el Santo, que será consuegro suyo, el tratado de Almisra, fijando los límites de su respectiva expansión territorial. Cuando los musulmanes murcianos se levantan contra Castilla, Jaime I calma la insurrección conquistando el país y entregándolo a su yerno Alfonso, el castellano sabio, en cumplimiento del tratado de Almisra. Todo cae en casa, como en familia, de momento, bien avenida.

Por el tratado de Corbeil, que Jaime pacta con el rey de Francia, Luis el Santo, aquel renuncia al Languedoc y a cambio el francés abandona sus pretensiones sobre Cataluña. En el otro extremo, los musulmanes, tras la conquista de Menorca, quedaban reducidos al reino nazarí de Granada.

## NACE UN PUEBLO

Al finalizar la década de los sesenta del siglo XIII, Jaime estudió la conveniencia y posibilidad de seccionar el término de Burriana en dos. El original tenía una forma triangular, casi equilátera, con su base hacia las orillas del mar, desde el barranco de Bechí hasta el río Millars, siguiendo el cauce del río, aguas arriba, hasta el punto denominado Sitjar del término de Onda; y de allí, en ángulo agudo, bajando nuevamente hacia el mar por el camino de la *“ratlla i la sèquia”*.

El 20 de febrero de 1274, el rey expedía en Valencia la carta fundacional de Vila-real, asignándole tierras del término burrianense: de la acequia mayor, hacia arriba, luego hacia Nules, de allí hasta el mojón cubierto de la *“muntanyeta”* donde había piedra señalada y de retorno hasta el río Millars.

Charlando don Jaime con su hijo y sucesor don Pedro y con Pedro Cornel, caballero y gran capitán, gobernador y repartidor de Burriana, les informó:

*“Aquí, exactamente aquí, quiero que esté mi nueva villa, cerca de ese camino en donde comienza la huerta. Haré primero el plano de la partición del término; luego, el plano de la población. Me enseñaron mis preceptores y asesores Pedro Nolasco y Raimon de Penyafort que conmigo fundaron la orden de la Merced para el rescate de cristianos del yugo sarraceno, y mi tutor, su santidad Inocencio III, me dijo que los pueblos pueden hacerse de dos maneras:*

*una, partiendo de un grupo de casas o de alquerías a las que otras vayan agregándose, al gusto de cada cual y cuando se precisen servicios determinados, se hacen y en paz; y otra, construyendo los edificios en orden a un plan determinado, haciendo crecer el pueblo conforme a normas ya sabidas. Trae una caña, o aquella rama”*.

Con la planta del pie derecho el rey limpió de broza y de piedrecitas sueltas el suelo, dejando el área elegida sin rugosidades ni alteraciones, lisa, como un pergamino bien estirado.

Continuó don Jaime:

*“Palabra de rey. Haremos un rectángulo; señalamos una línea por el centro más largo, de lado a lado; después, dos líneas más, paralelas y equidistantes, una a cada costado: la del centro será la calle del medio; la otra la calle de arriba; la otra, la calle de abajo. Por el centro de la parte alargada del rectángulo, se divide éste en dos: dos líneas paralelas a los lados. En el centro de todo ello, una plaza. Una muralla cerrará el pueblo, por si acaso. A la parte Valencia, un portal; a la parte Barcelona, otro portal; a la parte Onda, otro portal; a la parte de Burriana, otro portal. El principal será el que mira a Cataluña, en mérito de que soy conde de Barcelona. Así hicieron sus poblados los antiguos romanos y así quiero yo el mío. Esta en mi voluntad. Palabra de rey.*

*Los maestros de obras, los artesanos, todo hombre útil, se atengan a los planos que los arquitectos tendrán que hacer a partir de estas rayas. Vosotros daréis las órdenes precisas de mi voluntad. Hoy mismo, antes de que llueva y desaparezca el proyecto”*.

Así nació Vila-real, la villa del rey, cinco mil años después de programarlo el urbanista griego Hipodamo de Mileto. Por palabra de rey.

Empezó a edificarse. Primero la plaza, con sus porches ojivales, y la calle del medio, con la pequeña iglesia y su rectoría,

y la casa *“de la vila”*, luego fueron surgiendo viviendas, talleres, hornos, patios... poco a poco. Todo en calles bien rectas. En un ángulo de la plaza, un pozo de agua potable.

El 20 de las calendas de marzo de 1274 se firmaba la carta de población, se desmembraba definitivamente el término de Burriana.

## LA PRIMERA FIESTA

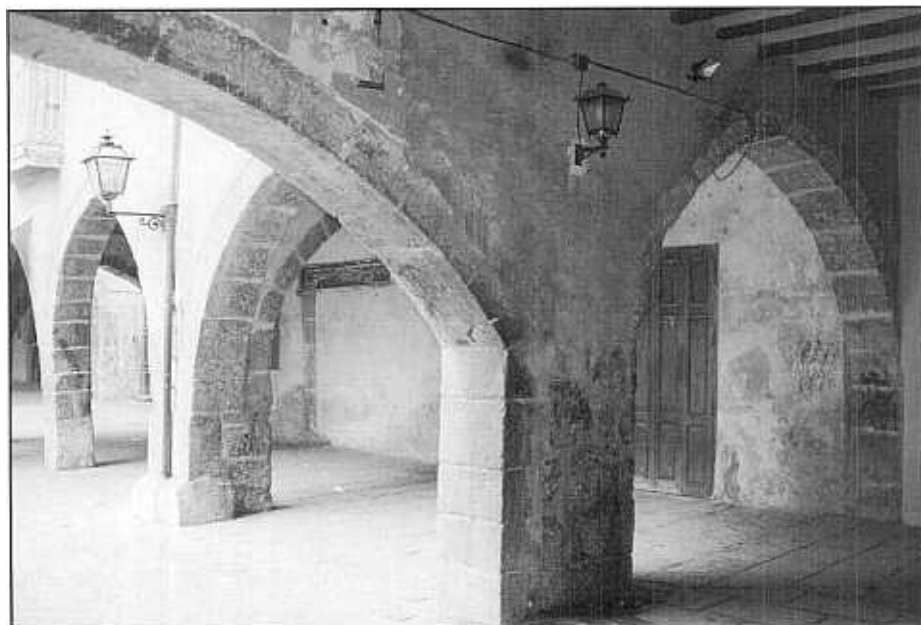
En medio de la plaza, la única existente, fue instalada una plataforma elevada, construida con maderos. Cinco anchos escalones formaban la escalera para ascender al catafalco, ornado con gruesa alfombra roja ribeteada de amarillo, los colores reales. Una silla, sólo una, de brazos y con un respaldo alto, en el centro de la tarima.

Las gentes del pueblo y de las alquerías del entorno, algún forastero, pocos, *“moriscots de Betxí”*, llenaban media plaza. Estaban allí, serios, con cara de circunstancias.

De las ventanas altas y de los balcones de las casas erigidas, colgaban banderolas y cobertores. Un rincón de la plaza había sido reservado para los estamentos, militares, eclesiásticos, gentes de la casa real.

Se inició el acto con el desfile de la gente eclesial, detrás de la cruz alzada portada por un sacristán, desde la puerta de la menuda capilla del *“carrer d'enmig”*. El obispo de Huesca y un par de familiares oscenses, lentos, iniciaban el recorrido siguiendo la cruz de plata, obsequio del infante Pedro, padrino de la ceremonia. Detrás, con la pompa pontifical de un nutrido acompañamiento, el obispo de Valencia. Y finalmente, repartiendo sonrisas y bendiciones indulgentes, el arzobispo tarraconense, mitrado, enguantado de blanco y anillado de oro, engarzada una piedra verde, esmeralda refulgente a la luz del sol. Le acompañaba el rector de la incipiente parroquia y otros clérigos.

Desde un caserón de la calle principal se incorporan nobles y guerreros, portadores



de la enseña real, pendón con los colores de Jaime I, el señor de la villa, la "senyera" victoriosa que no puede humillarse ni doblarse ante nada. Los cordones del estandarte eran sujetados por miembros destacados de la corte valentina.

Luego, la presidencia del cortejo, con seis "moriscots" del Espadàn haciendo sonar chirimías al ritmo de cuatro atabales. El gobernador de Burriana, representantes de pueblo y gremios, lo mejor vestidos posible, con sus alpargatas abiertas de suela de cáñamo, almidonadas cintas blancas al empeine, capas y esclavinas. El escribano de la villa precede al notario real, que lleva en su mano derecha el pergamino de la carta de fundación, bien a la vista de todos. Y al final del desfile, el infante don Pedro, con los asesores y capitanes de su Estado Mayor.

Las gentes, el pueblo llano, aplaudieron desde el inicio del desfile, pero al llegar la cabecera del cortejo, Pedro y sus acompañantes semejava que iba a acabarse el mundo con el entusiasmo y la algazara.

"El rei, el rei", gritaban.

Pero el rey no estaba, era su hijo Pedro quien le suplía.

Todo el acompañamiento fue situándose alrededor del catafalco, en pie, envarados, tiesos como cirios.

Lentamente, el infante subió los cinco escalones y ocupó la silla de brazos y de alto respaldo, ordenando al notario, con una mirada, el instante de comenzar. Auxiliado por el escribano, desenrolló el pergamino y leyó en voz alta:

"*Quod cum ad reges et principes spectet populacionibus quas faciunt certis terminis assigneret... Damos et concedimus vobis, universis populatoribus ville regalis...*"

Chilló el pueblo al escuchar la denominación del pueblo que acababa de nacer: "ville regalis", la villa del rey.

"*Però, si no sabem llatí, no entenem res del que diu el notari...*". "*I a més que el rei Jaume va manar que tot es diguera i escriguera com ací parlem i escrivim*". "*Mut! Silenci! Calleu!, que no s'entén res del que llegeix!*"

El notari acabó su lectura y, doblada la rodilla, bajándola hasta el mismo suelo, entregó al infante el documento. Sube al tablado el escribano, se arrodilla ante el hijo del rey, le besa la mano y recibe el pergamino.

"*Este pueblo nuestro jamás quedará rezagado. Irá adelante, más lejos que muchos otros, y será grande*" dijo solemnemente don Pedro haciéndole donación de la carta de su padre.

Los sacristanes que acompañan al arzobispo tarraconense presentan un pequeño recipiente, obra de plateros valencianos, con agua del pozo de la plaza, y una pequeña rama de olivo. El infante hizo subir al estrado al arzobispo y al rector de la iglesia de la villa, diciéndoles:

"*Benedicid a nuestro pueblo*".

El arzobispo bendijo primero el agua y, partiendo la rama de olivo, junto con el

rector salpicaron a las gentes y a sus representantes, que inclinaron sus cabezas con respeto. Vila-real era ya legal y cristiano. Los músicos morunos hicieron sonar sus chirimías y, dando golpes de baqueta a los tamboriles se fueron por calles y callejones, en el primer pasacalle de la villa.

Bernat d'Olivella, el arzobispo de Tarragona, amigo de la casa de toda la vida, se acercó al infante mientras, poco a poco, regresaban hacia el caserón que los había albergado y donde estaba la recepción de los asistentes con unas copas de vino de Cariñena, en tanto que el pueblo celebraba bailes, juegos y diversiones.

"*Què fa el rei, que no ha vingut?*"

"*Mal. No durarà molt, està malet i no té ganes de res. No té un moment de descans, d'assesec*".

"*Tindràs un poble molt maco i molt lluit...*".

"*El mèrit és del meu pare...*".

En Valencia, un par de años después, la vida de Jaime el Conquistador se apaga lentamente, camino de pasar de esta vida a la otra.

Delante de prelados, caballeros, gentiles hombres y ciudadanos distinguidos del pueblo fiel, con gran solemnidad, el rey renunció a sus reinos, posesiones y privilegios, de conformidad al testamento otorgado:

"*Això per a tu; allò per a aquell; la resta per als altres...*".

Después, humildemente, recibió el hábito de san Bernardo, el del Cister. Luego los santos óleos —el sacramento de la extrema unción—, dijo adiós a todos, intentó abrazar a su hijo Pedro, y expiró. Era el 27 de julio de 1276.

Don Pedro, heredero de los reinos de

Aragón, de Valencia y de Cataluña, junto al lecho de su padre, ya de cuerpo presente, notó un estremecimiento de escalofrío por todo su cuerpo, y resbaladizas lágrimas mojaron sus mejillas. Aguantó el hipo y la figura del muerto, de su padre y rey, su amigo y compañero, allí estirado, tomó nueva vida sólo para él, para él sólo, y le recordó:

"*Gràcies, fill meu; t'agraeix els teus consells, la teua companya: mai no pergues la teua pujança i el teu tarannà diplomàtic i de mà esquerra; seràs millor rei que jo, no ho dubtes; i te diran Pere el Gran. No de bades els savis de Còrdova, de Granada i de Sevilla t'han ensenyat les seues ciències; els mestres i els capitans del Temple han trencat les seues llances amb tu; els prelats més savis i virtuoses t'han imbuït el temor de Déu... Mira fill, a la plaça porxada de la nostra vila reial tindràs sempre seu i hostatge, serà com ta casa. Cura sempre d'aquell poble, nou de trinca, que hem fet tots dos...*".

Terminados los funerales del rey marchó Pedro, su heredero, a Zaragoza con su guardia real y en la Seo aragonesa fue solemnemente coronado junto a su esposa Constanza de Suabia, hija del regente de Sicilia, Manfredo, al heredar cuyos derechos inició su política de expansión por el mar Mediterráneo.

Recibió el santo óleo, la unción real, de manos de su buen amigo el arzobispo de Tarragona y enseguida, sin perder un solo instante, tomó el camino de Valencia, otra vez, con su escolta. Tenía prisa por contar los peces del Mar Nuestro que, a partir de su llegada, comenzaron a llevar en sus escamas, delgadas y transparentes, los colores de Aragón, de Cataluña y de Valencia.

